

ban en la plaza de Escobedo las ideas liberales. *La Revolución* era el órgano del partido puro. No les importaba el gritar á la luz del día: ¡Muera el Papa! ¡Muera el clero! Un 16 de Septiembre tanto fué lo que se dijo en la tribuna, presidiendo la celebración de la fiesta nacional el Sr. Degollado, que el obispo Espinosa puso el grito en el cielo. Lanzó una pastoral furibunda el reverendo y *La Revolución* la burló. Hubo cambio de manifiestos entre los dos, Espinosa y Degollado, en que el uno pedía coacción del pensar y el otro la negaba dignamente en nombre de la ley. Por esto le llamaban purete al Sr. Degollado.

Su administración no tuvo más defecto que ser demasiado liberal, hasta para los conservadores. Se llegó á decir, á consecuencia de todo esto, que D. Santos favorecía el partido contrario y lo inclinaba á la desobediencia del gobierno federal. Por esos días, en Diciembre, se pronunció un grupito de descontentos en Tepic. Reducidos al orden, fueron desterrados Eustaquio Barron, cónsul de Inglaterra, y Guillermo Forbes, cónsul de los Estados Unidos. Protestaron de la enérgica medida, fundada en el contrabando que hacían; pero ningún efecto surtió la protesta, porque el consejo aprobó, conforme al derecho de gentes y leyes del país, la resolución oficial.

El 10 de Febrero de 1856 expidió un decreto, según el cual no reconocería autoridad originada de movimientos reaccionarios y ofrecía el territorio para trasladar los supremos poderes; invitaba á los Estados para una coalición bajo bases de "unión, libertad, integridad del territorio nacional, inviolabilidad del principio democrático popular, independencia entre sí para el gobierno interior y cambio recíproco de auxilios y recursos." A pesar de tanto bien que hacía, dejó el puesto y vino á México para ocupar su lugar en el Congreso Constituyente. Había como cuarenta jóvenes diputados que querían hacer entrar las más avanzadas ideas liberales en la Constitución. Con ellos votó siempre Degollado.

Llegó vez en que de un voto pendía la existencia de la Constitución de 57. Muchos deseaban la del año 24 con algunas reformas. Después de tres días de sesión permanente vencieron los puros y sin gozar un sólo centavo de dietas. Sin embargo, en ese mismo año de 57 llegó á tener algunos miles de pesos el Sr. Degollado. Un billeteo de la Lotería de San Carlos se acercó en la calle á los Sres. Benito y Fermín Gómez Farías, rogándoles con insistencia que le compraran un número.

—Mira, ese no sirve. Tráenos un trece mil cualquiera—dijo D. Benito al billeteo.

Echó á correr y trajo un trece mil. Costó el

entero diez pesos, que pagó D. Benito. Luego que llegaron á la casa, una casita de la calle de Victoria del Sr. Cumpido, donde habitaban, Fermín tomó la pluma y escribió en el billete: "Billete de Benito Gómez Farías, Fermín Gómez Farías, Nemesio Santos Degollado y Joaquín Degollado."

El billete fué colocado y olvidado tras un espejo de la sala. Un día, á la hora de comer, se presenta el billeteo muy alegre.

—Vengo á decirles que se sacaron la lotería!

—¿Qué lotería?—preguntó Fermín.

—Pues, ¿qué lotería ha de ser? La de San Carlos!

—¡Ah, sí, á este señor le compramos el billete que guardamos detrás del espejo!—exclamó D. Benito.

El premio fué de sesenta mil pesos, que se repartieron fraternalmente entre los cuatro, pagando hasta entonces cada uno á D. Benito los dos pesos cincuenta centavos que les correspondía.

Cuando el golpe de Estado, D. Santos Degollado no amaneció en su casa del callejón de la Olla. Partió á Michoacán para hacer que el poder ejecutivo del Estado reconociera al gobierno constitucional. Luego se dirigió al Sur de Jalisco, en Marzo de 1858, después de haber estado en un hilo la vida de Juárez, y la de los personajes que lo acompañaban, en Guadalupe, por el pronunciamiento del 13, del mismo mes, acaudillado por Antonio Landa, quien recibió cinco mil pesos.

La última disposición de Juárez, cerca de Colima antes de embarcarse, fué que D. Santos Degollado sería Ministro de Guerra y que tenía el mando del Ejército y facultades omnímodas en los Estados del Norte y Occidente.

La tropa se componía de setenta y cinco infantes y veinticinco dragones. Se pudieron conseguir mil quinientos fusiles, y volvió D. Santos Degollado á Guadalupe; pero en Junio, ya que había sitiado la ciudad, supo que Miramón se acercaba con tres mil hombres y catorce piezas de artillería, y cambió de propósito, regresando á sus posiciones del Sur. En Atencuque, el 2 de Julio, pudo verse que las fuerzas constitucionalistas de su mando estaban con alientos para obtener victoria, pues sostuvieron con el enemigo un combate del que pudieron salir completamente triunfantes.

Ese mismo mes se encontraba nuevamente D. Santos Degollado en Colima, pertrechándose con esa fe y constancia que lo caracterizaban para volver á la carga. Allí pareció descansar la tropa.

De los jóvenes jefes uno solo perdió la alegría de la juventud. Cierta mañana se presentó á la casa de D. Santos Degollado una meguera.

En una mesa escribía el general Nicolás Medina y cerca de otra estaba en pie D. Santos Degollado.

—Su excelentísima—habló la mujer al Sr. Medina.

—No soy yo—le dijo, haciéndole una indicación con el pulgar derecho encorvado.

Entonces, dirigiéndose á quien debía dirigirse:

—Su excelentísima, vengo á darle una queja.

—Diga usted, señora

—Los jefes Rodríguez, Avila, Savión, Rosas Landa, Miravete, Salgado y Joaquín Moreno, han ido á molestar á mis niñas, que no son gente de mal vivir, y me rompieron un espejo y un pabellón. Yo no puedo perder eso, excelentísimo señor. Mis muchachas entienden con buenas palabras, pero no así como ellos...

A D. Santos se le subió la sangre al rostro.

—¿Cuánto importa lo que le rompieron á usted, señora?

—Nueve pesos, su excelentísima.

D. Santos se dirigió á su recámara y de una bolsita de manta sacó la suma.

—Aquí tiene usted, señora; pero no haga usted escándalo. Perdónelos usted: son jóvenes. No lo volverán á hacer, se lo prometo. Yo los reprimiré. Vaya usted sin cuidado. No lo volverán á hacer. Perdónelos usted, se lo suplico.

La meguera recitó la cantidad y se fué muy satisfecha.

—¿Qué dice usted, Nicolacito? Esta es cosa de los mochos que me quieren desacreditar. De otro lo podía creer, ¿pero de Moreno que es casado?

Pero no todo fué contratiempos: el día 21 de Septiembre hizo que en Cuevitas pusieran piés en polvorosa las tropas de Casanova.

El 28 de Octubre capituló Guadalajara, mediante un tratado digno para los liberales. Se les garantizaba la vida á los jefes del enemigo.

Degollado y D. Benito Gómez Farías, considerando la exaltación del pueblo, quisieron que el general José María Blancarte permaneciera en el palacio de gobierno.

—Quédese usted ahí, en esa pieza—dijo D. Santos Degollado á Blancarte, ofreciéndole amablemente una que seguía á la en que platicaban.

—Corre usted mucho riesgo—le manifestó Gómez Farías.

—Señores, mejor me lo llevo para mi casa—hizo observar el Sr. Antonio Alvarez del Castillo.

Y Blancarte se acogió á Castillo.

El coronel Antonio Rojas se presentó una mañana en la casa en que se hallaba Blancarte; hizo que sus soldados dispararan sus ar-

mas sobre él, y no satisfecho con haberlo matado, hubo uno que le machacó la cabeza á culatazos. El hecho llegó á oídos de D. Santos Degollado. Primero no quiso creerlo; pero después que supo la realidad, le abandonó la calma, esa calma suya que hacía que no tuviese arrugas en la frente.

Quiso poner su renuncia de Ministro de Guerra y Marina y general en jefe del ejército federal. Los amigos le rodearon para convencerlo de la inconveniencia del paso.

—No puedo permanecer en mi puesto, por que los tratados son inviolables y la vida del hombre es sagrada. No puedo dejar sin castigo este crimen. ¿Qué dirán de nosotros cuando se sepa? Infame, villano.....

Hubo gran junta en la que discutieron mucho Vallarta y Ogazón, para que D. Santos cambiara de parecer. Medio se calmó luego que Rojas fué puesto fuera de la ley.

El culpable, que respetaba y quería al Sr. Degollado, se puso á salvo; sin embargo, así y todo solía preguntar por su buen jefe.

—¿Qué tal va el amo?—le preguntó una vez en retaguardia, al general Nicolás Medina.

—No se le acerque, porque lo manda fusilar.

—¡Si he matado la víbora que le había de picar!

—No le enseñe la cara, porque lo ha puesto fuera de la ley.

—¡Ah, qué D. Santitos! ¿Conque estoy fuera de la ley? ¡Si yo nunca he estado adentro!

En San Joaquín, el 26 de Diciembre de 1858, después de hora y media de combate, Miramón derrotó á Degollado.

No se arredró ante la mala suerte; prosiguió resignado en la defensa de las ideas constitucionalistas, sufriendo derrotas y obteniendo una que otra victoria.

El 10 y el 11 de Abril de 1859 fué derrotado por Márquez en Tacubaya. Allí olvidó en el campo una casaca y una banda que fueron puestas á la vista de la plebe en la Plaza de la Constitución, de esta Capital, para que las cubrieran de lodo.

D. Santos Degollado fué á parar en Michoacán, para reorganizar fuerzas y seguir batiéndose por la causa constitucional. Ante jefes y soldados aparecía inmaculado; á pesar de esto, Vidaurri tuvo la ocurrencia de ponerlo fuera de la ley, el 19 de Septiembre, por una pugna entre Zuazúa y los gobernadores de Aguascalientes y Zacatecas, que limitaba las ambiciones del gobernador de Nuevo León.

Nada le hacía dar un paso atrás, nada le desalentaba, nada hizo desviar en un ápice su constancia. Derrotadas sus tropas en la Estancia de las Vacas, el 13 de Noviembre de 59, vol-

vía á la carga más constante en San Luis, en seguida en Lagos, después en el Bajío.

El 12 de Noviembre, vispera de la batalla en Estancia de las Vacas, tuvo una conferencia con Miramón bajo un mezquite, entre la Calera y la hacienda del Rayo.

No pudieron llegar á ningún acuerdo.

Al despedirse, Miramón dijo á Degollado: —Mañana lo derrotó á usted como tres y dos son cinco.

A lo que respondió D. Santos:

—Mi deber no es vencer, sino combatir por principios que al fin tienen que triunfar, porque son los de una revolución grandiosa que en el orden moral está verificándose en todo el país.

Y era la verdad; D. Santos Degollado no tuvo otra mira en la revolución.

Siempre pobre, estaban primero sus soldados que él. Cuando había, los jefes sin distinción recibían un peso por cabeza; pero D. Santos Degollado rara vez recibía sueldo. Lo poco que tenía lo iba gastando con una economía proverbial.

Una botella de vino en la mesa, á la hora de comer, lo inquietaba hasta la nimiedad.

Le decía al proveedor:

—No ponga usted vino en la mesa. Dirán que si para esto queremos los préstamos. Basta una comida sencilla sin estos lujos. Es preciso cuidar de los recursos del soldado y no verse obligado á gravar con más contribuciones á los pueblos, que son los que pagan todo esto.

No quería ni que los jefes en las ciudades ocupadas fueran al teatro, para que no dieran qué hablar. Cuando llegaba su tropa á algún pueblo, prefería hospedarse en la casa consistorial que en una de familia, para evitar molestias. Muchas ocasiones sucedía que tras de larga jornada en que el cansancio y el hambre estaban por matar á la tropa, al Estado Mayor y á él, se negaba caballerosamente á aceptar las ofertas que familias enteras le hacían, al llegar á un punto.

—Excelentísimo señor, pase usted á la mesa con su Estado Mayor.

—Gracias, mil gracias. No se molesten ustedes, señoras. Si ya comimos.

El general Ghilardi, que á las espaldas del jefe escuchaba la oferta y el rehusamiento, débil de cansancio, hambre y sed, como en realidad se encontraban todos, perdía la paciencia y su cachaza de italiano, y respondía:

—Sí, señoras, moléstense ustedes: tenemos mucha hambre.

Y luego volviéndose á sus compañeros, decía:

—Este Don Santos no come, no bebe, no pasea, no nada.

—La necesidad de sus fuerzas lo obligó á

dar su consentimiento para ocupar la conducta de Laguna Seca, de 1.100.000 pesos y aún quiso que toda la responsabilidad recayera sobre él, en Septiembre de 1860.

Con este motivo decía en su manifiesto á la nación:

“Había reservado para mí y para los míos, hasta la severidad mezquina, un nombre puro que legar á mi familia; pero un día la necesidad en nombre de mi causa llamó á mis puertas para pedirme ese nombre y entregarlo á la maledicencia, y yo consentí en entregarme como reo y sufrir ese suplicio peor que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria.”

Solamente se le lanzó el anatema de todos los jefes, de Zaragoza, Huerta, Doblado, Valle, Ogazón y Aramberri, el 29 de Septiembre, al querer celebrar un proyecto de pacificación del país con el ministro inglés Mathew. (1)

Juárez lo destituyó del mando del Ejército.

Todo su pecado fué ese conato de proyecto, cuya alma era el evitar más derramamiento de sangre, en bien de la patria y nó en el suyo, como lo saben quienes le sobreviven y entre los que hay muchos que lo vieron humilde y pobre como la pobreza y la humildad.

Más de una vez el general Miguel Blanco le llegó á decir:

—¡Cómo, señor! ¿Usted mismo arreglando su ropa?

Y no era don Santos Degollado á secas: era Ministro de Guerra y Marina y general en jefe del Ejército federal.

III.

Destituido D. Santos Degollado del mando del Ejército, el 4 de Noviembre de 1860 salió de Quiroga para Toluca.

En Queréndaro, el día 25, se le unió Don Benito Gómez Farías, su íntimo amigo.

A su llegada á Toluca, el 2 de Diciembre, se les “recibió con hospitalidad y grandes honores por el general Berriozábal,” que era Gobernador y General en jefe de la división del Estado de México.

Amaneció nublado el día 9; á corta distancia no podía distinguirse bien. Una avanzada de las fuerzas del general Berriozábal fué sorprendida por los exploradores de Negrete, cuyas blusas eran de igual color que las de aquella.

Estaban hospedados D. Santos Degollado y el Sr. Gómez Farías en la casa del Gobernador. Allí el enemigo los sorprendió á los tres. (2)

1 Don Benito Juárez decía en una carta fechada en Veracruz el 28 de Noviembre de 1860 y dirigida al Sr. Angel Albino Corzo, entonces gobernador de Chiapas:

“Como usted, sentí el paso del Sr. Degollado, pues nunca podré olvidar sus buenos servicios anteriores.”

2 Don Melchor Ocampo dice en carta fechada en Vera-

El general Berriozábal supo por la cocinera que Negrete andaba en las calles. Montó violentamente á caballo para organizar la resistencia y estar á la cabeza de su tropa. Hubo fuego graneado, pero ya fué tarde: casi á todos los cogieron de improviso.

D. Santos tuvo que ceder á los ruegos de una familia para pretender su salvación por las azoteas de la manzana.

Herido en la cabeza, el general Berriozábal fué hecho prisionero. Tuvieron la misma suerte Degollado y Gómez Farías.

En la cárcel se les formó cuadro para fusilarlos. No esperaban más que los disparos, cuando logró salvarlos el general José Joaquín de Ayestarán.

Miramón mandó llamar á Berriozábal al palacio de Gobierno.

—Han caído en mis manos—le dijo Miramón.

—Ya lo veo—respondió Berriozábal.

—Los voy á fusilar.

—¿Para eso me llamaba usted? Está bien.

Miramón varió de tono y ordenó que le curaran la herida al general Berriozábal.

Temprano el 10, los prisioneros en un coche salieron entre filas, bien escoltados, de Toluca para México. Miramón se encontraba en el balcón de Palacio en el momento que pasaban los prisioneros.

Por la ventanilla del coche asomó una cara desconocida.

—¿Quién es ese?—preguntó Miramón desde el balcón.

—Excelentísimo señor, es Don Juan Govantes—dijo un oficial.

—Qué eche pie á tierra y que camine así.—ordenó Miramón.

Govantes había sido reaccionario neto.

A la hora de dormir en Lerma, el general Antonio de Ayestarán los vigiló durante la noche en la pieza que les servía de cárcel.

Más tarde, cuando de Ayestarán no los dejó un instante solos en la travesía, supieron la causa del excesivo cuidado: Miramón, recelando mucho de Márquez, había puesto bajo la responsabilidad de Ayestarán la vida de Berriozábal, Degollado y Gómez Farías.

Una hora llegó, en un punto del camino, en que la vida de los tres fué severamente amenazada, la muerte puesta á la vista.

Márquez ordenó, al atravesar un bosque, que cruz el 17 de Diciembre de 1860 y dirigida al mismo Sr. Corzo, antes citado:

“Hemos tenido últimamente la desgracia, el día 9, de que el Sr. Berriozábal se haya dejado sorprender en Toluca. Esto nos ha hecho perder más de mil hombres y lo que es peor, ha hecho caer en manos de Miramón al Sr. Degollado, á Farías (Benito) y otras personas importantes, que yo creo servirán de obstáculo, como rehenes, para terminar netamente la cuestión. Supongo y deseo que tal golpe vuelva más cautos á nuestros demás jefes que ya están bastante cerca de México.”

la escolta disparara sobre los prisioneros, si las guerrillas de Aureliano Rivera hacían fuego entre la montaña.

Hubo instante en que de Ayestarán se cambiara palabras duras con Márquez.

Sonaron disparos de las guerrillas de Aureliano Rivera y no les llegó la muerte á los prisioneros que ya la esperaban por detrás.

En la Capital fueron alojados en el Palacio Nacional. Se les atendió, se les consideró; pero ignoraban lo que acontecía.

El 24, á las siete de la noche, Miramón, de bota federica, puesto el sombrero y con un fute en la mano, se presentó en la habitación de Berriozábal, Degollado y Gómez Farías. Les manifestó que abandonaba la Capital, encargándolos del orden, para lo cual les dejaba un piquete de soldados á discreción.

Libres los tres prisioneros, habiendo rehusado tener el mando en la ciudad D. Santos Degollado por estar procesado, el general Berriozábal dió toda clase de garantías á los habitantes.

El 1° de Enero de 1861 entró el Ejército federal al mando del general González Ortega.

Nunca México ha visto mayor entusiasmo del pueblo como esa vez.

La ciudad estaba engalanada; por las calles donde pasaba el Ejército llovían esencias y flores; no había espectador que no lo vitorease.

González Ortega, que traía el estandarte de la ciudad (frente al Hotel Iturbide), hizo que se le incorporasen, para participar de la gloria del triunfo, Berriozábal y Degollado, quienes se hallaban detrás de una vidriera viendo el desfile.

Ahí el general González Ortega manifestó públicamente, estrechando entre sus brazos á D. Santos Degollado y vitoreándolo, que á él le pertenecía la ovación, porque era el primero por su constancia y su fe.

Juárez, Ocampo y Amparán, visitaron á D. Santos Degollado el día 13, en su casa, número 2 de San Juan de Letrán.

El gran jurado no pronunciaba aún en la acusación el “há lugar á proceso.”

Seguía siendo Magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

Más antes había mostrado un rasgo de desprendimiento de su personalidad, sacrificándolo por el amor de la patria.

Dos veces se sujetó á juicio, del Congreso y de la Corte, por la cuestión Barron-Forbes, que costó dos millones de pesos de indemnización.

Ahora que se le formaba otra causa, le asistía también la justicia; pero “los hombres de la fortuna, del poder y de la fuerza estaban contra él.”

El Artesano Libre, de Morelia, y *El Partido Puro*, de esta Capital, lo insultaban y vilipendiaban estando *sub judice*: le decían calumniador, loco, casi general, vergonzante, tinterillo y que había incurrido en escandalosa defección y colgado para ludibrio del viento la siempre virgen cuanto victoriosa espada.

Y él replicaba en Abril de 1861:

"Siempre se me ha visto bajo los fuegos del fusil en las acciones de guerra, retirarme el último de los campos de batalla y cuidar la retaguardia en todas las retiradas, para reunir y reorganizar las fuerzas que estaban á mis órdenes.

"Bien ó mal, yo he servido á la causa nacional, y he probado, hasta en mis desaciertos, mi buena intención y anhelo por ser útil á mi país.

"Por despreciable y poco digno que yo sea, al fin es un hecho que fuí uno de los caudillos del pueblo, y cuanto mal se diga ó se publique de mí, debe afectar á los demás caudillos y deshonrar al gran partido liberal en presencia de los reaccionarios.

"No busco ni la gratitud ni el aprecio público por mis servicios, porque ya sabía antes de ponerme al frente del Ejército constitucional, que en todos los países y en todos los tiempos los servicios á la patria no han encontrado más que almas envidiosas y corazones desgraciados.

"Si antes me cogiere la muerte, tengo hijos y amigos que sabrán volver por mi honra."

Su honra le preocupaba.

Lo primero que preguntó al general Ramón Iglesias, al irle á tomar la declaración el 27 de Febrero, fué:

—Dígame usted los nombres de mis acusadores; ¿quiénes son?

El general José María Arteaga le escribía de Querétaro el 28 de Marzo, participándole que había salido electo presidente en aquella ciudad y en San Juan del Río.

Le ofrecían la cartera de Guerra y Marina el 8 de Abril.

En esto llegó á sus oídos la noticia del asesinato de Ocampo.

Gómez Farías se presentó á la casa número 2 de San Juan de Letrán, que habitaba Don Santos Degollado, y le refirió el hecho.

—Irémos á vengarlo—dijo D. Santos.

—No podemos—respondió Gómez Farías.

—Pedirémos licencia, y si nó, nos marcharemos.

D. Santos Degollado se apoyó del brazo de Gómez Farías y se dirigió á la Cámara, á solicitar el permiso de ir á la guerra para vengar á Ocampo.

Al presentarse en el salón, todos los diputados se pusieron de pie; y luego que dijo el

fin que allí lo llevaba, fué objeto de una ovación unánime.

Partió á Toluca para cumplir su solemne promesa.

Había dicho en la Cámara:

"Mi deseo se limita á marchar á la guerra, no para sacar de sus hogares y asesinar á los enemigos indefensos, sino para batirme cuerpo á cuerpo con los asesinos."

A la puerta de la casa del general Berriozábal, Gobernador y jefe de la división del Estado de México, cuando los caballos pafaban de impaciencia por la tardanza de los ginetes que no acababan de despedirse adentro, sus muchos amigos quisieron disuadir á D. Santos Degollado del propósito que tenía tomado: vigilar el convoy que debía salir de Tacubaya á su paso por el Monte de las Cruces, el día 15 de Junio de 1861.

El general Berriozábal le acompañó en el camino.

Hicieron alto en Las Cabezas.

Llegaba la diligencia de México y venía el ayudante Francisco Taboada.

—¿Qué sucede con el convoy?—le preguntó D. Santos Degollado.

—Está en Tacubaya—contestó Taboada.

—Retirémonos á Lerma—dijo Berriozábal al Sr. Degollado.

—Ese no es mi negocio. El gobierno me dice que viene y debo estar aquí—respondió D. Santos.

Sacó su reloj y dijo á Berriozábal:

—Usted debe de volverse.

—Da usted dado en este monte tan peligroso.

—Tomaré mis precauciones.

—Entonces quedo á las órdenes de usted.

Y avanzaron: Berriozábal iría por todo el camino real hasta encontrarse con el convoy y el general Degollado por entre la montaña; pero antes, para emprender la marcha unísona, ganaría las cumbres del frente de la Pila y en señal de su llegada tocaría diana.

El general Berriozábal en menos de un cuarto de hora de espera oyó un tiroteo y en seguida la diana prometida.

Y siguió la marcha.

En Cuajimalpa el teniente Perfecto Soto se le presentó á notificarle la derrota del batallón de rifleros de San Luis.

El jefe se resistió á creerlo; sin embargo retrocedió para reconocer el campo.

Algunos disparos le hacían de entre la montaña á las faldas de las cumbres.

Vió pendientes de los árboles muchos cadáveres de soldados.

Ya no le cabía duda: D. Santos había sido derrotado.

En Huisquilucan supo que Degollado había muerto.

Allá arriba de las cumbres, después de haberse batido valientemente sus soldados, el enemigo hizo multitud de prisioneros, y luego obligó á los mismos cornetas y tambores del batallón de San Luis que tocasen diana.

D. Santos, pistola en mano, descendía la pendiente al paso de su caballo.

Se rompió la brida; se apeó á anudarla y fué hecho prisionero.

Conducido entre filas, un soldado indígena que se apellidaba Neri le disparó un tiro por detrás en el cerebello.

Fuó enterrado por orden de Gálvez en Huisquilucan.

Una oración fúnebre le pronunció el Sr. Francisco Schafino que andaba plagiado por Buitrón.

Corriendo el tiempo, el general Berriozábal derrotó á una tropa reaccionaria en Toluca, y entre los muertos se encontró al indígena Neri.

Llevaba aún en el dedo una prenda de su ilustre víctima: un anillo que lucía un jaspé y un gorro de la libertad con este letrero abajo: "Todo por tí."

VI.

El general Francisco Alcalde, de paso por Huisquilucan el 5 de Julio de 1862, exhumó los restos de don Santos Degollado.

Yacía cerca de la puerta de la iglesia.

Un soldado del general Aureliano Rivera, que había presenciado el enterrero hecho por Gálvez, indicó el sitio.

El cadáver estaba bien conservado: en camiseta, calzoncillos, una herida en el cerebello, otra en el cuello y otra en el pecho.

Se leía en el interior de la tapa del ataúd:

Aquí yacen los restos del desgraciado C. Santos Degollado.—Un amigo suyo.—Schafino.

El 21 se le hicieron suntuosas honras fúnebres en esta Capital.

Los restos estuvieron expuestos en el Palacio Municipal.

La comitiva del entierro, en la que iba el presidente de la República, recorrió el Portal de Mercaderes, Plateros y San Francisco.

En el centro de la Alameda, bajo una rotunda, se pronunciaron discursos.

El cadáver quedaría depositado en el Panteón de San Fernando, según la invitación del Gobierno del Distrito, que se hizo representar por el Sr. Pascual Miranda.

El 2 de Noviembre de 1889, el Sr. Francisco Alatorre, empleado actualmente en la garita de la Tlaxpana y antiguo soldado del general Santos Degollado, visitó el Panteón Inglés.

Una arboleda alta y frondosa, la tierra negra y húmeda de fertilidad; la gente iba y venía por las amplias y frescas calles; en los sepulcros, cargados de adornos, ardían cirios y los deudos parecían retraerse y estar en vela; el recogimiento del dolor reinaba.

De súbito, el soldado se detiene ante un contraste; entre el rico embellecimiento artificial había un sepulcro humilde, lo señalaba el césped y un valladito de arquillos de bejuco y un ciprés con sus ramas secas y su sombra le llovaba. Al encuentro salía un frontón en el que se leía este como recuerdo de la patria:

El General Santos Degollado.—15 de Junio de 1861.

El soldado se descubrió y echó á volar su memoria: Morelia, Guanajuato, Jalisco, Colima, Toluca, el Monte de las Cruces.

Y luego olvidó todo y se puso á orar por su buen jefe.

Ahí reposaba su general, el *Colmenero* como le llamaban, el valiente que no hizo mal á nadie, que tuvo más patriotismo que ninguno, que fué siempre justo y honrado y carifoso.

Lo veía con la eterna dulzura en el rostro alentar á sus soldados en las batallas, infundirles la esperanza, hacer que amasen á la patria sacrificándose y ofreciéndole la vida.

—¿Por qué aquí? ¡Ah, eres humilde hasta en la muerte!—dijo el soldado.

Un año ha transcurrido.

El tiempo ha hecho más humilde el sepulcro de don Santos Degollado.

Bien le decía el Archiduque Maximiliano al general Nicolás Melina, en 1864:

—¡Pobre hombre! No lo comprendió su siglo, no lo conoció su país. (1)

ANGEL POLA.

1. Esta biografía es el resultado de una serie de entrevistas con los generales Nicolás Medina, Felipe Berriozábal, Mariano Escobedo, Miguel Blanco, Refugio I. González y los Sres. Benito Gómez Farías, (*) Mariano Degollado, hijo del héroe, y Julián de los Reyes, todas personas muy respetables que trataron en la intimidad á don Santos Degollado. Ahí están para que digan al que llegase á dudar de la exactitud de algún diálogo, ó anécdota, si digo la verdad. He procurado repetir lo más fielmente posible lo que me han platicado.

* El 24 de Diciembre de 1861, D. Benito Gómez Farías abrigó en su casa, calle de San Bernardo núm. 11, á la esposa y dos niños de Miramón, para resguardarlos de la ira popular.